

CAPITULO VIII.

Humildad de San Alfonso.

Cuanto mas vasta y mas alta es la mole del edificio que se quiere levantar, tanto mas sólidos y profundos deben ser los cimientos. Así sucede exactamente en el edificio espiritual, que jamas puede elevarse ni hacerse estable, si no se apoya en una verdadera y profunda humildad. Alfonso, pues, que desde su juventud puso sus miras en el colmo de la perfeccion evangélica, dirigió al mismo tiempo todos sus pensamientos y todos sus cuidados á adquirir plenamente la virtud de la humildad, que es la base y el sosten de todas las demas. En efecto, ¿cuántas pruebas no dió siempre de esta virtud? Todavía jóven, noble y estimado de todos por su saber y por sus dotes intelectuales, fué siempre estraño á toda gloria y pompa del siglo, y mucho mas á un cierto espíritu de soberbia y de estimacion de sí mismo, de que regularmente están acompañadas estas cualidades. Antes se mostraba en todas ocaciones tan modesto, tan humilde, y tan respetuoso con todos, que solo eso bastaba para conciliarle el amor y el afecto general.

Pero mayores, con mucho, y mas admirables fueron

los progresos que hizo en ella, desde que habiendo vuelto la espalda al mundo, y desechando toda oferta lisonjera y toda amplia promesa que éste le hacia, escogió mejor estar oculto y abyecto en la casa de su Señor. Su modo de vestir tan pobre y tan descuidado, su modesto porte, su trato afable y las suaves maneras para con todos, particularmente para con las personas mas pobres é ignorantes, la fuga de toda clase de demostraciones de respeto y de honor, en fin, todas sus palabras y sus conversaciones mostraban ya claramente su bien fundada humildad aun antes de establecer su Congregacion. En efecto, habiendo partido los misioneros napolitanos, para hacer misiones en la tierra de Afravola, diócesis de Nápoles, fué Alfonso con ellos, y cuando todos viajaban en carruaje, él iba por lo regular en un jumento, por lo que todos creyeron que él era el cocinero de la mision. Despues, cuando vieron que él dió principio á la mision con un sermón muy fuerte y lleno de celo, todos repetian entre sí con admiracion: *Si el cocinero predica así, ¿cómo no lo harán los otros padres?*

Ya fundada su congregacion, no solo rehusó siempre, como ya se ha visto, toda especie de preeminencia y distincion, aunque era el Rector mayor, sino que hasta queria hacer los oficios mas viles y penosos de la casa gustando de ser reputado, no ya igual á los

demas sino el último de todos. Estando en la casa de Ciorani fué á verlo un jóven que á cada momento le estaba dando el título de escelencia, y no pudiendo sufrir esto: *¡Qué escelencia ni no escelencia!* el dijo: *Decid vuestra Reverencia.* Un librero de Venecia escribió á Alfonso suplicándole que le mandase su retrato para ponerlo en el frontispicio de sus obras que estaba imprimiendo. Al oír tal pretension se horrorizó y dijo en presencia de los que estaban con él: *Si, voy á mandarle un retrato del alma condenada. Yo he hecho mis obras solo por la gloria de Dios: por eso ruego desde ahora á mis compañeros que despues de mi muerte arrojen mi cuerpo á un basurero.* Y cuando veía en sus obras que los censores elogiaban mucho su virtud y su nacimiento, se mostraba muy disgustado y pesaroso por ello, y decía: *Yo hubiera querido que aprobasen la calidad de la materia de la obra, y no la persona ni su nacimiento que de nada sirve.* Este mismo espíritu de humildad que tanto amaba, y que descaba tambien en sus alumnos, lo indujo á poner entre las reglas de su Congregacion que no se aceptase ningun cargo ó dignidad fuera de ella: por cuya razon no aceptó el obispado sino por espreso mandato del Sumo Pontífice, ni dejó de renunciarlo luego que se le permitió.

Aun mas claras señales que estas, dió Alfonso de su heroica humildad durante el tiempo que gobernó la iglesia episcopal de Santa Agueda con aquella conducta tan ejemplar é irreprochable que dejamos descrita en la tercera parte de este libro. Para no repetir lo que ya hemos dicho, añadiremos, que al hacer en su diócesis las funciones pontificales, usaba en la iglesia de los cojines para observar lo que prescribe el ceremonial de los obispos, pero que celebrada la misa, se arrodillaba en el suelo desnudo con solo una silla que le ponian delante, aunque vestido de roquete y muceta. Lo mismo hizo en Nápoles mientras permaneció allí: por lo que yendo una ocasion á predicar á la iglesia de Santa Restituta, entró vestido como acostumbra, con traje prelaticio en la iglesia de las monjas de *Regina caeli*, donde se cantaban con orquesta las vísperas solemnes de la Asuncion de la Virgen con gran concurso de gente, y se arrodilló en el suelo desnudo sin ningun apoyo para adorar al Santísimo Sacramento. Uno de los tres que celebraban las vísperas le conoció, y viéndole vestido de sotana y muceta de simple sarga de lana, hizo mil estremos y dijo al que estaba á su lado: *Aquel deshonra el carácter episcopal.* Pero quedó bastante confuso y mortificado, cuando vió que muchos caballeros y señores corrieron á saludarlo y besarle la mano.

Cuando salia de casa, hallándose en su diócesis, no queria séquito ni acompañamiento alguno, sino que iba con solo su criado, ó cuando mas llevaba consigo algun sacerdote, y muchas veces bajaba solo á la catedral para hacer oracion allí y luego salia con el sacristan para ir al monasterio del Santísimo Redentor. Si alguno le daba el título de excelencia, le iba á la mano al instante, diciéndole que la Iglesia prohíbe esos tratamientos; y si le replicaba que le correspondia por su nacimiento, respondia: *Fuera todo eso, acabemos: decid como lo manda la Iglesia.* Ya hemos dicho que él habia contribuido mucho para la fábrica del nuevo templo en la aldea de Santa Maria en Vico: habia ampliado su seminario, y restaurado en gran parte el palacio episcopal, y habia donado á su catedral muchos muebles sagrados y valiosos, y nunca permitió que en estas ni en otras cosas semejantes se pusiesen sus armas de nobleza, porque aborrecia toda sombra de vanidad y de fausto.

Tampoco fué menor la humildad demostrada y conservada por Alfonso en todos los años que sobrevivió despues de la renuncia del obispado. Antes se puede decir con toda razon que entonces brilló en él mucho mas esta virtud, por el acrecentamiento de los dones sobre naturales con que Dios lo favorecia, y la mayor estima en que todos lo tenian. No omitió me-

dio alguno para ocultarlo todo, y hacerse estimar como un hombre vil, despreciable y de nada. Jamas hablaba de su nacimiento, y sentia muchísimo que alguno lo hiciese, y siempre decia á los que lo traian á colacion, que él era un ignorante, un miserable pecador, un verdadero tizon del infierno, y que no merecia mas que oprobios, desprecios, injurias y envilecimientos, y se encomendaba á sus oraciones diciendo: *Rogad á Dios y á la Santísima Virgen por mí, para que me den una buena muerte.* Estas y otras cosas semejantes les decia con tal expresion y energía, que manifestaba claramente á todos el íntimo convencimiento que tenia de su propia insuficiencia y de su propia nada, que es, y debe ser la base de la verdadera humildad.

No habia cosa que mas le desagradase y que mas le molestase, como el que lo elogiasen y lo honrasen. Habiendo dicho una persona notable, que habia santificado la diócesis de Santa Agueda, respondió al instante lleno de confusion y de rubor: *¿Qué santificación? ¿qué habia yo de hacer, siendo un miserable? ¿un pecador? todo ha sido obra de Dios.* Y al vicario general del obispo de Nocera de los Paganos, que habia ido á cumplimentarlo despues de la renuncia del obispado, y que le dijo lo mismo, le añadió con el rostro encendido: *¡Jesus, María! ¿y*

qué decis, señor vicario? ¿qué bien le he hecho á la diócesis? Nada, nada: si se ha hecho algo, ha sido Dios, ha sido Dios, ha sido Dios. Cuando iban algunos personajes ilustres sólo con el objeto de verlo y visitarlo, decia al que le entraba á avisar: *¿Qué quieren de mí? ¿qué quieren ver, un hombre contrahecho y estropeado? Decidles que soy un pobre viejo necio.* Y si no podia menos que recibirlos, como sucedia las mas veces, procuraba mostrarse con ellos insípido, ignorante y casi vuelto á la infancia, tanto para hacerles terminar pronto sus visitas inútiles, como para desprenderles aquella estimacion en que tenian su persona. Habiéndose hecho sacar un diente, sospechó que un padre de su Congregacion lo habia tomado para conservarlo como reliquia, lo hizo llamar y le dijo: *¿Qué habeis hecho del diente? ¿dónde está? dadmelo;* y luego que lo recibió, lo hizo tirar á la calle, practicándolo así de entonces en adelante siempre que tuvo que sacarse otros. Por la misma razon justamente, mandó, como ya se dijo, al hermano lego su confidente, que echase en una cloaca la cajita de todos sus instrumentos de penitencia, luego que ya no pudo usarlos por mandato de su director.

Si Alfonso huia tanto y aborrecia todo lo que podia redundar en estimacion y honor suyo; no mos-

traba, por lo contrario, pesar alguno, antes se alegraba muchísimo, cuando se veia despreciado por otros, y tenido por hombre de ningun mérito, tal cual él mismo se estimaba en realidad. No fueron pocas las ocasiones que tuvo durante toda su vida, de verse despreciado y vilipendiado, cargado de injurias y villanías, y de recibir afrentas y ofensas; pero en todas estas malhadadas ocasiones, en vez de encolerizado y turbado, siempre se le vió placentero, alegre y tranquilo, queriendo mucho mas ser reputado, si posible fuera, como la inmundicia y la basura de todos. Tal era el concepto que tenia de sí mismo, y tal debe tenerlo, el que quiera ser verdaderamente humilde como conviene á un discípulo de Jesucristo.

CAPITULO IX.

Dones sobrenaturales, y fama de santidad que tuvo San Alfonso.

Algunos de los dones sobrenaturales, con que Alfonso fué favorecido de Dios, se han indicado ya en el curso de esta narracion histórica. Pero como estos fueron muchísimos, creemos oportuno, por no decir

necesario, añadir aquí algunos otros para mayor realce de la santidad del mismo Alfonso, y para mas entero complemento de esta obra.

Estaba en mision en la ciudad de Mudugno, y celebrando misa un dia en la iglesia de las monjas benedictinas de aquella ciudad, se le vió por algunas religiosas como transformado y elevado á algunos palmos del suelo. Entrando una vez un padre de su Congregacion en el aposento de Alfonso, lo encontró orando ante un Crucifijo y la imágen de María Santísima con los brazos abiertos, y al mismo tiempo estático, con el rostro encendido y resplandeciente, y cosa de tres palmos elevado del suelo. A este espectáculo, el padre se puso de rodillas en un ángulo del aposento, hasta que despues de algun tiempo vió que Alfonso volvió á posar en tierra, se levantó, y tomó la pluma para escribir. Pero habiendo visto al que estaba allí, lleno de rubor le dijo: *¿Qué estais aquí? os mando que no digais nada á nadie.* Siendo ya obispo y viviendo todavía en Santa Agueda, un Viernes de Marzo comenzó la misa con una devocion extraordinaria; pero antes de consagrar dirigió la vista á la cruz, y estuvo por mucho tiempo estático, hasta que vuelto en sí por un canónigo que estaba allí, despues de echar un suave suspiro, consagró, terminó la misa, y contra su costumbre se encerró

en su aposento, donde permaneció cerca de dos horas sin dar audiencia á nadie.

Con el don del éstasis estuvo junto en Alfonso el de la profecía. Dos sacerdotes de la ciudad de Cava, hácia fines de Julio, fueron á visitarlo á la casa de San Miguel de los Paganos donde estaba despues de la renuncia del obispado. Habiendo preguntado al mas jóven adónde iba, á la respuesta de aquel, de que iba á Nápoles por algunos pleitos que tenia pendientes, replicó Alfonso: *¿Qué pleitos ni pleitos andais buscando? Teneis entre manos una causa mas importante, y es justamente la de vuestra alma: tratad de asegurarla, porque debeis morir muy pronto.* Despues, volviéndose al otro que era de edad mas madura, le dió el título de cura diciéndole: *¿Y vos, señor cura, adónde vais?* y habiéndole respondido que no era cura, le dijo: *Es cierto que no sois cura; pero debeis serlo por mandato espreso de vuestro obispo.* Uno y otro dicho de Alfonso se cumplieron exactamente, porque el primero, contra toda prevision, murió á principios del próximo Setiembre, y el otro fué obligado por su obispo á aceptar una parroquia en la mencionada ciudad de Cava.

Quando el canónigo Garzilli de Foggia estaba solicitando ser admitido en la Congregacion del Santí-

simo Redentor, el padre Cafora dijo á Alfonso, que no convenia aceptarlo porque ya tenia cincuenta años. Pero él le respondió: *Quiero recibirlo porque vos morireis pronto, y el canónigo Garzilli vivirá mucho tiempo.* Y en efecto, así sucedió, porque el padre Cafora murió de edad de cuarenta años, y el padre Garzilli vivió hasta la edad de noventa y siete.

Predicaba Alfonso un dia en Arienzo en la iglesia de la Anunciacion de la Virgen, cuando hácia la mitad del sermon dijo en alta voz: *Hijos, benditos seremos, un Padre nuestro por el feliz tránsito de Monseñor Albertini obispo de Caserta.* Al oir esto quedaron todos atónitos; pero despues se supo que el citado obispo habia espirado justamente en aquella hora en que él lo habia dicho. Estando de visita en Airola, fué á conferir el sacramento de la confirmacion á un jovencito enfermo, y concluida la ceremonia le dijo: *Alégrate, porque solo te quedan otros tres dias, despues te vas al cielo, y ruega á Dios por mí:* y el jovencito murió exactamente despues de tres dias.

Estaba gravemente enfermo en Nápoles el señor Marqués de Marco, y habiendo sabido su gravedad Don Miguel Melillo de Monte Sarchio que era muy su amigo, mandó suplicar á Alfonso que rogase á

Dios por el citado señor Marqués que se hallaba desahuciado por los médicos. La respuesta que mandó Alfonso fué: *que el señor Marqués D. Carlos de Marco se habia mejorado aquella noche y seguia bien, y que le habia alcanzado esta gracia Monseñor Lucci, obispo de Bovino, que lo amaba mucho, y todo pasó como él lo habia predicho.*

Ni dejó el Señor de dotar á su siervo superabundantemente con el don de milagros. Predicaba en el mes de Julio del año de 1754 en Saragnano, perteneciente á la diócesis de Salerno, en la novena de Nuestra Señora del Cármén, y estaba con otros dos compañeros en casa del médico Don Francisco Mari, cuando un jueves por la mañana fueron á verlo otros doce padres de su Congregacion, de los que unos eran sacerdotes y otros clérigos estudiantes. El dueño de la casa no tenia en aquel momento en ella mas que lo necesario para la comida de las personas que se hallaban allí de antemano, y mandó bascar lo que faltaba para el completo pero no se pudo obtener. No sabiendo qué hacer para dar de comer á tantos nuevos huéspedes y á su numerosa familia, rogó á Alfonso que le permitiese usar pollos; pero no pudo alcanzarlo, y solo consiguió que con placentera sonrisa le respondiese: *No tengais cuidado, Dios proveerá: haced llevar á la mesa lo que se ha acos.*

tumbrado preparar. En efecto, así lo hizo, y resultó que la comida preparada para las personas con que se contaba fué mas que suficiente para saciar á los quince padres y á las diez y ocho personas que componian la familia del citado médico. Habiendo éste referido el hecho al mismo Alfonso, este con su acostumbrada tranquilidad le dijo: *que jamas se debe desconfiar de la providencia de Dios, á quien se debe recurrir en todas las angustias.*

Habiendo prendido fuego una noche como á las dos horas de puesto el sol en un lugar poco distante de la casa de San Miguel de los Paganos. Al oír Alfonso los gritos y el estruendo de la gente que acudió para apagarlo, se asomó á una ventana, y viendo que el incendio amenazaba las casas inmediatas, llamó á un hermano lego, y dándole una imágen de la Virgen: *Corre, le dijo, y hecha esta imágen en el fuego.* Ejecutó aquel el mandato, y al arrojar la imágen no solo se vió cesar el incendio sino desaparecer el fuego que habia quedado. Lo mismo puede decirse que sucedió el año de 1778, cuando el Vesuvio arrojaba muchas llamas y una inmensa cantidad de materias bituminosas, porque habiendo visto aterrorizados á sus familiares, fué á la ventana, hizo la señal de la cruz, y desaparecieron completamente las llamas, y ya no se volvió á ver mas que humo.

Una señora de Raito, lugar que dista cerca de tres millas de Salerno, que se llamaba Manuela de Cesare, y que conocia bien á Alfonso, por haberlo oido predicar muchas veces en la repetida ciudad de Salerno, y por haberse confesado alguna vez con él, padecia un tumor en la boca, que ademas de no permitirle tomar ni un trago de agua, tampoco la dejaba dormir ni trabajar. Despues de mucho padecer, se hallaba entre dormida y despierta, cuando se vió delante á Alfonso, con el trage de su Congregacion como ya lo habia visto antes, llevando en la mano un frasquito blanco lleno de una agua de color de leche, y oyó que le dijo: *Manuela, bebe esta agua, que es el agua de San Luis.* Obedeció la enferma, y despues de haber bebido se encontró repentina y perfectamente sana del tumor.

Don Carlos de Bruno, canónigo de la catedral de Santa Agueda, tenia un sobrinito, hijo de un hermano suyo, que aunque ya tenia cerca de cuatro años de edad, no pronunciaba ni una palabra, solo decia algunas veces O. Sabiendo, pues, este canónigo que Alfonso habia estado un poco indispuerto, fué á visitarlo y llevó consigo al sobrinito. Despues de haberle hecho dar algunos dulces, Alfonso le preguntó cómo se llamaba; á lo que respondió el tio que se llamaba Tomás; pero que todavía no pronunciaba una

sola palabra con gran pena de toda su familia, temiendo que fuese mudo. Alfonso le hizo con la mano la señal de la cruz en la frente, y le dió á besar una imágen de María Santísima, preguntándole como se llamaba aquella. A esta pregunta respondió el niño con toda espedicion: *Nuestra Señora*, y para ocultar el prodigio se volvió Alfonso al tío y le dijo: *No es cierto que sea mudo: este niño tiene una lengua bovina, alegraos y no dudeis*. En efecto, el niño comenzó á hablar, y siempre habló con toda espedicion.

Los hechos referidos hasta aquí, nos parecen mas que suficientes para demostrar la multiplicidad de los dones sobrenaturales de que fué adornado Alfonso, por lo que dejando aparte otros muchos que podríamos aducir, diremos que por estos mismos, y por el ejercicio de todas las virtudes se granjeó muy pronto una gran fama de santidad entre toda clase de personas. Ya se ha visto en cuanta estima lo tuvieron los Sumos Pontífices Benedicto XIV, los dos Clementes XIII y XIV, y Pio VI, el que aun se puso en la frente una estampita de nuestro Santo que se le mandó junto con la oracion fúnebre latina que se pronunció en los solemnes funerales que se le hicieron. No fué menor el concepto en que lo tuvieron Carlos III rey de las Españas, y el reinante

Fernando IV, rey de las dos Sicilias, y todos los principales ministros de su real corte. Seria cosa muy larga enumerar uno por uno todos los cardenales, obispos, príncipes y otros personajes notables, que con toda clase de honores y de respetos, manifestaron claramente la gran opinion que tenian de la virtud de Alfonso. Solo diremos que Monseñor Cioffi, arzobispo de Amalfi, predicando un dia en su catedral y nombrando á Alfonso, le llamó *un gran santo*: que el venerable siervo de Dios Monseñor Lucci, obispo de Bovino, dispuso que en su diócesis hubiese una casa de padres de la Congregacion del Santísimo Redentor, justamente por la estima en que tenia las virtudes de su fundador: que Monseñor Pergami, obispo de Gaeta, le sirvió la mesa, se le hincaba delante y queria con el mayor empeño besarle las manos; y que no habia obispo, ó arzobispo nuevamente electo, que antes de ir á su diócesis no quisiese visitarlo, hablar con él, y encomendarse á sus oraciones, tanto en Santa Agueda como en la casa de San Miguel de los Paganos. Cuando los sacerdotes de la diócesis de Santa Agueda iban en tiempo de cuaresma á predicar á otras diócesis, al ver los obispos de ellas las licencias que tenian para confesar, suscritas de propio puño por Alfonso, se las acercaban á la frente con gran devocion y reverencia, y hubo quienes despues de haber-

lo visto y conocido, dijese á los habitantes de Santa Agueda: *Dichosos vosotros, que teneis un obispo santo, ú otras palabras semejantes.*

En la misma opinion de santidad estuvo Alfonso para con toda clase de personas, tanto cuando estaba todavia en su Congregacion, como mientras gobernó su diócesis, y despues de la renuncia del obispado. No habia eclesiástico secular ó regular, ni caballero, ó persona del pueblo bajo, que no procurase verlo, obsequiarlo, hablarle y tener alguna cosa suya para conservarla como reliquia. En la mision de Amalfi le recortaron la sotana de tal modo que decia con mucha gracia: *Me hacen andar sin sotana; pero sé que piensan hacer con estos retazos viejos:* de manera que las monjas Benedictinas de dicha ciudad, movidas á compasion le hicieron una nueva. Todos se disputaban por tener algun retacito de sus vestidos, algun mechoncito de sus cabellos que se cortaba, ó cualquiera otra cosa; y no dejaban de mojar liencitos en su sangre cuando por acaso se le sacaba, y aun de recoger sus salibas en pañuelos.

La fama de la santidad de Alfonso no se restringió al reino de Nápoles, y las provincias inmediatas, ó cuando mas á toda la Italia. No, sino que se extendió aun mas allá de los montes, y con tal eco, que hizo venir á alguno de bastante lejos para ver á un

hombre que habia llegado á ser célebre por la integridad de sus costumbres, y por el ejercicio de las mas heróicas virtudes. El Señor de Nonote, hombre de muchos méritos, y de mucha fama por sus obras contra Voltaire, en muchas cartas que escribió al Sr. D. Vicente Lupolí, lector de sagrados cánones en Nápoles, hablando de Alfonso, le llama *hombre y obispo santísimo*, se encomienda á sus oraciones, y dice que ha procurado allá una nueva traduccion é impresion de las visitas al Santísimo Sacramento y á la beatísima Vírgen, pues las considera sumamente propias para mover el ánimo de los fieles á la devocion respecto del uno y de la otra.

CAPITULO X.

Ultima enfermedad y muerte de San Alfonso.

Pero Alfonso estaba ya enteramente maduro para el cielo. Habia predicho claramente su muerte un año antes: porque al padre José Imparato, Carmelita, que todos los años por el mes de Setiembre acostumbraba ir de Salerno á la casa de San Miguel de los Paganos á visitarlo, dijo el 13 de Setiembre 1786. *Padre José, el año que viene me encontrareis muere-*